

venir por la previsión. El sublime pensamiento lo ilumina con divina luz, y servirá de instrumento á su razón, el acento mágico de la palabra.

¡Ah que la naturaleza descance; ha concluido su obra inspirada por el Hacedor divino, y siga ahora la obra de la humildad cuya misión grandiosa empieza!

II.

El hombre primitivo, en la tierra, come el fruto del árbol, bebe el agua del manantial y duerme bajo la misma copa de aquel árbol que lo alimentó; pero por su propensión ingénita quiere dominar en lo que le rodea y se ve rodeado por una naturaleza bravía, y está circunscrito al reducido espacio, único en que no encuentra obstáculo á su marcha recelosa, como la del que ignora y teme de lo que hay más allá. Mira por todas partes abrirse abismos á sus piés, levantarse montañas, cerrarle el paso gigantes selvas salvages de furiosa exuberancia; y al llegar la noche oye el rugido de las fieras y otros mil ruidos para él inexplicables y cuyos ecos forman un acento aterrador. Llega el momento en que el árbol descansa y no fructifica, la época en que el frío ó el agua azota las carnes descubiertas del sér humano, y entónces buscando entre lo que está cerca de sí, come las yerbas, las raíces y se cubre con parte de ellas; más al fin no satisfecho siente el hambre en sus entrañas,

y la necesidad del alimento le hace dominar sus temores y se atreve á apartarse más y más de su mansión, trasformándose en cazador, y con los pequeños animales que caen á sus manos satisface su necesidad: va dominando en sus correrías más extensión, y la experiencia le enseña que aunque nació desarmado para el combate por la vida, un palo, una piedra puede servirle para abatir á otros séres, y le sugiere esto la idea de formarse una arma, adhiere entónces el pedernal á una fuerte vara y tiene la lanza y por medios semejantes forma el arco y fabrica la flecha. A la herida de sus armas cae á sus plantas la fiera cuya piel recoge para que le sirva de abrigo, Acaso en mucho contribuyó también el natural pudor del hombre para cubrirse, pues que siempre espiritual, oculta hasta las funciones que al irracional lo acercan.

En tanto tales progresos con afanes se realizan, el sér humano más multiplicado se asocia, y reunidos varios individuos, rodeaban el soto y con más facilidad hacían su cacería dividiéndose entre sí la sangrienta ración que á cada cazador tocaba: tal debió ser el principio de la sociedad y tal el de la propiedad sobre la pieza con avidez recogida para el alimento.

Ahullidos más ó menos significativos en que sólo sonaban las naturales aspiraciones de la vocal, servían de signo entre los hombres primeros para entenderse en sus faenas, y á aquellos fueron agregándose modulaciones, según las tareas se multiplicaban, empezando de este modo á formarse el lenguaje.

El temor por lo desconocido debió formar el principio de la religión, y es por esto por lo que los primeros dioses de los hombres, nacidos de una imaginación atemorizada por la naturaleza, fueron dioses terribles á que sacrificaban víctimas humanas para aplacarlos. ¡Qué camino tan escabroso y tan difícil, qué luchas tan multiplicadas por el alimento y un abrigo insuficiente, qué idea tan pobre de un sér superior! Y con sus groseras armas y sus groseras creencias, el cazador jadeante, con los piés ensangrentados, mal cubierto con la piel de la fiera y con un trozo de cruda carne por ración, refugiado en una grieta de la montaña, era sin embargo ya un sér civilizado respecto de aquel que comía solamente las yerbas, y que vimos desnudo y desarmado debajo del árbol, al empezar la vida de la humanidad.

La nube en medio de la tempestad, arroja el rayo atronador desde los cielos y destroza los más gigantes árboles, y al espantoso estruendo huyen todos los séres si no quedan

pulverizados; pero el hombre vuelve la vista para darse cuenta de lo que pasa y vé el madero roto y encendido, y lo mira atentamente apoderándose de él al fin. El fuego de aquel madero ha venido á su servicio, y de pronto le ayuda á sufrir la estación helada, á calentar y cocer el alimento que ántes crudo devoró. Aquel fenómeno meteorológico lo hizo tal vez creer en un mensajero celeste, pensar en la divinidad, y adoró al fuego que tan terrible á sus ojos se presentara y adoró por similitud al astro del día. ¡Quién sabe cuales serian sobre este punto las ideas de una mente preñada de dudas, de temores y envuelta en la sombra espesa de la ignorancia!

El sér humano, sin embargo, empieza á tener conciencia de su fuerza, y tranquilizado á este respecto, puede observar á los animales que le rodean: advierte que entre ellos los hay pacíficos, sociables, y entónces los reúne y los conduce según las estaciones á los lugares donde los pastos apropiados se encuentran. Aquellos animales que primero se docilitaron fueron las ovejas y las cabras.

El hombre por tal manera se hizo pastor y ya tenía seguridad del alimento, pues no le era preciso ir á buscarlo al azar en sus cacerías; los ganados se reproducían y aseguraban la ración para el porvenir. Dedicó á ellos su cuidado por el día y su vigilia por la noche;

y estando siempre á la intemperie, observó la notable marcha de las estrellas: principiando por saber con su movimiento cuáles eran las horas próximas á la salida del esperado sol, empezó á deletrear en el gran libro del cielo la ciencia de la astronomía.

A la carne de sus comidas venía uniendo la fruta y legumbres que no había abandonado, y con desahogo pudo ceder de ellas el sobrante á otro sér que hambriento y husmeando, se le presentó para servirle en sus faenas pastoriles, y fué desde entónces el perro, el fiel servidor del hombre.

El asno significó otra gran conquista; éste por su mansedumbre soportó sobre sus lomos el peso de las provisiones que el pastor hacía para trasladarse con sus ganados de uno á otro lugar, y alivió de este modo al hombre de aquel trabajo agoviador.

El pastor escudriñaba los pastos y pudo advertir la semilla, y pudo ver que donde caía brotaba de nuevo multiplicada sin fin; con esta experiencia comprendió que podía dejar su fatigosa vida errante si sembraba aquel cereal para sus ovejas y para él, y así se hizo labrador y levantó un hogar. Cerca de éste llevó el ganado y cultivó la siembra.

La mujer, ya descansada de la anterior afanosa vida, del vellón de la oveja hizo con la rueca el hilo y con el hilo el lienzo que sir-

vió de más completo abrigo, y el hombre agradecido vió en ella una industriosa esclava. Por que ¡ha! la muger había vivido hasta entónces en medio de su debilidad, cuando se necesitaba fuerza para todas las faenas del pastor y el cazador, la vida miserable de la extenuación y del cansancio, y se le había considerado inútil y sólo capaz para la rápida unión sexual, que indistintamente se efectuaba, sin que el padre llegara á saber cuál fuese su hijo.

El hombre ya labrador, defendido de la intemperie por la habitación, con más elementos de vida, con mejores abrigos y con la mujer reconocida casi como compañera, formó la familia y atendió á la prole. Fué entónces la mujer una propiedad que se dió á cambio de ganado ó de tierra labrada, pero una propiedad que el hombre encariñado consideró al fin como la mejor. Dentro de la casa, la mujer ántes extenuada, se robusteció y creció en belleza á los ojos de su señor: sus hijos serían ya cuidados y atendidos, el ser humano se desarrollaría mejor. . . .

El hombre labrador, acercó á sí los árboles frutales y formó la huerta, avicinó, como dijimos, á la habitación el rebaño, aumentándolo con el buey que le ayuda á labrar la tierra y le deja al morir su carne y su piel; y dió hospitalidad al asno y al perro que le habían

servido y le siguieron sirviendo. Con el grano que cosechó atrajo a la paloma y al gallo y las aves domésticas dieron más vida y movimiento á su mansión.

Pero cada nueva conquista había sido obtenida por una lucha; cada una de las comodidades que alcanzaba significaba un mérito. Tal es la ley del progreso.

Diversas semillas cayeron á manos del trabajador, que las cosecha para hacerlas producir, y los racimos de uva fueron también á adornar su huerta: comprimiendo aquellos racimos recogió las olas de púrpura que lloraban; y ese licor, fué nueva sábia de vida que se asimiló con fruición, pues al beberlo sentía placer, inspiración y fuerza.

Al hablar de esto dice con su poético, espiritual lenguaje Pelletán "El invierno podía ya llegar á extender su sombra de tristeza sobre la tierra, el hombre había guardado en su copa de barro gotas donde estaban condensados los rayos del sol ausente. Un fuego invisible pasaría de boca en boca en el festín, uniendo todos los corazones en la misma alegría."

Reposemos ante la contemplación de este plácido cuadro, ya que tan fatigosamente llega el hombre al instante histórico que presenciemos.